

*Ecolalias: sobre el olvido de las lenguas*, de Daniel Heller-Roazen, es un libro precioso cuya lectura Germán García recomendó en distintas ocasiones a partir de su publicación en nuestro país en el año 2008. Sus páginas ofrecen una amplia investigación sobre las relaciones entre el habla, las formas sonoras del lenguaje, la escritura y las vicisitudes del recuerdo y del olvido. A través de veintiún capítulos su autor recompone una trayectoria de reflexión que nos transporta desde el legado de Babel a la lengua sagrada del judaísmo y del islam. Pasando por las “letras silenciosas” –seres singulares destinados desde el inicio de la gramática a ser un “soplo” escrito–, y los “elementos fonológicos que desempeñan funciones muy especiales en cada hablante”. Elementos que no poseen una función representativa en sentido estricto, porque su función consiste en la fuerza misma de la articulación de esas formas sonoras.

Esos sonidos –explica Heller-Roazen– son entidades paradójicas de las que ninguna lengua hablada puede prescindir pero que sin embargo no pueden ser clasificados claramente dentro de los sonidos del idioma. Habitan esa difusa región que se encuentra en las fronteras de todo sistema como un problema que resiste a la clasificación que establece la gramática y pese a eso, desempeñan un papel decisivo. Por ejemplo, en la poesía, donde sobreviven en los ritmos del habla y la música del idioma. En ese territorio de la lengua en el que las formas sonoras se convierten en las matrices de la composición, siempre pueden percibirse en las resonancias y en las variaciones de su intensidad, los ecos de otra lengua, ocultos bajo cualquier elemento lingüístico.

Desde esta perspectiva Heller-Roazen se interesa en el balbuceo infantil y en el proceso mediante el cual cada niño se convierte en un ser hablante. Un ser que habla y es hablado. El libro recorre las formas y los límites del habla, así como sus transformaciones. Por ejemplo, cuando cita *La lengua absuelta*, una autobiografía donde Elías Canetti –a propósito de su aprendizaje del idioma alemán–, describe la fascinación que sentía cuando sus padres hablaban entre sí en ese idioma confidencial que usaban en la intimidad y que no le estaba permitido entender a los niños. “*Los escuchaba con la máxima atención* –escribe Canetti–, *y luego preguntaba qué quería decir esto o aquello*”, pero sus padres le respondían que eran cosas que podría entender más adelante. “*Creía que debía tratarse de cosas maravillosas que solo podían expresarse en esa lengua* –continúa Canetti–. *Después de suplicar inútilmente largo rato, me iba a una habitación que apenas se utilizaba y repetía para mí las frases que les había oído a ellos, con la misma entonación, como si fueran conjuros mágicos.*” En otro capítulo, dedicado a explicar y describir los esfuerzos para regular los sonidos de “una lengua que no se puede olvidar y resuena más allá de sus fronteras”, Heller-Roazen cita a Louis Wolfson en su libro sobre “un estudiante esquizofrénico de lenguas”. Wolfson escribe que era prácticamente imposible para él evitar el sonido y el sentido de la que denomina una “*lengua maldita*”. Un idioma irritante e incluso doloroso que seguía escuchando y más aún, que debía escuchar para ser capaz de convertirlo en otro y disolverlo hasta hacerlo desaparecer.

A través de numerosas referencias *Ecolalias* nos conduce al encuentro de una opacidad por donde el sentido se fuga y el deslizamiento de la significación surge como una potencia desencadenada. Al mismo tiempo, esas referencias muestran cómo se produce y cómo se cierra el sentido que tiende a fugarse, y el sujeto se constituye a partir de ese mensaje. Lo que está en el horizonte de todas estas referencias es un hecho decisivo: falta la garantía del conjunto del ejercicio del lenguaje. El psicoanálisis y más precisamente la experiencia analítica, sabe lo que esta dimensión, que designa la experiencia misma del sujeto en la lengua, tiene de inasible. A partir de la polisemia y la polifonía del menor enunciado hay deslizamiento, hay deriva y también, hay un momento en el que un sentido, sometido a un principio de proliferación, se encuentra amarrado, normativizado. En su última enseñanza, fundamentalmente a partir del *Seminario 20* en los años 1972 y '73, Lacan irá más allá del concepto de lenguaje al hacerlo aparecer como un recorte, como una parcialización de un conjunto más amplio que denominará *lalengua*. Así definirá un estado del significante anterior a la significación y a la estructura del lenguaje. A este respecto, lo que Lacan llama *lalengua* –en una sola palabra donde el artículo y el sustantivo se unen–, es aquello que como tal se encuentra íntegramente sujeto al equívoco. *Lalengua* tiene una dimensión que es irremediamente diacrónica, esencialmente aluvional, como explica Jacques-Alain Miller en las clases de *La fuga del sentido* en los años 1995 y '96. Se trata de aluviones que se acumulan en los malentendidos y las creaciones “*lenguajeras*” de cada uno. En efecto, ese concepto que Lacan forja vuelve a incluir la invención de cada uno cuando evoca “*los aparatos del goce*” por medio de los cuales la realidad es abordada.

En el capítulo que titula “El animal inferior”, Heller-Roazen realiza una detallada lectura del libro publicado por Sigmund Freud en Viena en 1891, *La afasia* (traducido para la edición de Nueva Visión en el año 1974 por Ramón Alcalde). Un estudio crítico donde Freud rompe con todo intento de explicar los trastornos del habla haciendo referencia directa a su localización en el cerebro. En el “*aparato del lenguaje*” –escribe Freud– “*Los haces de fibra contienen la periferia del cuerpo de la misma manera que un poema contiene el alfabeto, es decir una disposición completamente diferente que está al servicio de otros propósitos, con múltiples asociaciones de elementos de los elementos individuales, en las que algunos pueden estar representados varias veces y otros estar totalmente ausentes*”. Como las letras de un anagrama que secretamente contiene los elementos de una frase diferente, la figura que Freud elige para designar los haces de fibra –explica Heller-Roazen– es altamente literaria pero más precisamente literal. En los procesos que definen las capacidades del habla, un conjunto de elementos –o letras, aclara Roazen subrayando la materialidad de ese significante–, puede combinarse y subsiguientemente recombinarse en un reordenamiento que sirve a otros propósitos.

Nutriéndose de numerosos casos de trastornos del habla, Freud explica que la capacidad de hablar una lengua extranjera puede desaparecer, “*mientras que se conserva la lengua madre*”. También hace mención a pacientes que conservaban la capacidad de emitir sólo “*un insulto vigoroso*”. Y a aquellos otros donde el vocabulario puede restringirse al extremo de sólo incluir “*sí*” y “*no*” y algunas palabras en uso desde el comienzo del desarrollo del habla. En todos los casos, se trata de observaciones sobre las que Freud continuará investigando en distintos artículos. Por ejemplo, en “*Algunas consideraciones con*

miras a un estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas”, (1893 [1888-93]), donde explica que la denominada “*lesión*” sería producto de “*la abolición de la accesibilidad asociativa*” de una representación “*provista de un gran valor afectivo*”.

Desde esta perspectiva –subraya Heller-Roazen– si la incapacidad para hablar podía atribuirse a daños en un determinado centro o vía de la corteza cerebral, entonces cabría preguntarse cómo era posible que algunos afásicos continuaran produciendo y repitiendo ciertas frases mucho tiempo después de que ya no pudiesen hablar. Para Freud esto constituía una clara prueba de la necesidad de otro tipo de explicación de los trastornos del habla. Un “*producto del lenguaje –escribe– puede resultar sumamente resistente si ha adquirido gran fuerza debido a una asociación de gran intensidad*”. Freud denominó a estos productos singulares –que podían representar segmentos de conversaciones que tuvieron un papel decisivo en la vida de los pacientes antes de que se sumieran casi en el silencio más absoluto–, “*residuos*” o “*remanentes de lengua*” y explicó su persistencia por su intensidad. Tienen una carga afectiva, una investidura que es libidinal. Iluminan, emocionan, conmueven, se inscriben y son inolvidables, y esto es porque su función no se liga solamente a la estructura del lenguaje. Hay un más allá de la articulación de las palabras que conduce a establecer que no sólo tienen efectos de significado sino, fundamentalmente, efectos de goce.

Como estudio crítico de las funciones y disfunciones del “*aparato del lenguaje*” –escribe Heller-Roazen– *La afasia* anticipó muchas investigaciones de gran alcance. Así como los desarrollos freudianos que van desde *La interpretación de los sueños* (1900) a *Más allá del principio del placer* (1920), y “Nota sobre la pizarra mágica” (1925). Pero fundamentalmente, anunció el esbozo de la *Carta 52* a Wilhelm Fliess fechada el 6 de diciembre de 1896, donde Freud vislumbraba “*una nueva psicología*”. “*Tú sabes –escribe– que trabajo en el supuesto de que nuestro mecanismo psíquico se ha generado por estratificación sucesiva, pues de tiempo en tiempo el material preexistente de huellas mnémicas experimenta un reordenamiento según nuevos nexos, una retrascrición. Lo esencialmente nuevo en mi teoría es, entonces, la tesis de que la memoria no preexiste de manera simple, sino múltiple, está registrada en diversas variedades de signos.*” (Las citas pertenecen al tomo I de Ediciones Amorrortu). En esta *Carta* los términos de *La afasia* se vuelven psicológicos: surgen como producto de un proceso gradual de escritura y reescritura que es el resultado de múltiples reordenamientos y retrascriciones donde las investiduras se desplazan de acuerdo con ciertas reglas. “*(...) me explico las peculiaridades de las psiconeurosis –continúa Freud–, por el hecho de no producirse la traducción para ciertos materiales, lo cual tiene algunas consecuencias. Establecemos como base firme la tendencia hacia la nivelación cuantitativa. Cada reescritura posterior inhibe a la anterior y desvía el proceso excitatorio. Toda vez que la reescritura posterior falta, la excitación es tramitada según las leyes psicológicas que valían para el período psíquico anterior, y por los caminos de que entonces se disponía. Subsistirá así un anacronismo (...). La denegación de la traducción es aquello que clínicamente se llama “represión”. Motivo de ella es siempre el desprendimiento de displacer que se generaría por una traducción, como si este displacer convocara una perturbación del pensar que no consintiera el trabajo de traducción*”. Como desarrolla Jacques-Alain Miller en las clases de *Sutilezas analíticas* en los años 2008 y 2009, el concepto de represión es convocado por una experiencia de revelación que emerge por

fragmentos, algo así como resplandores que no constituyen una continuidad sino “*una verdad variable*” compuesta por emergencias dispersas que indican que no se puede hablar sin chocar con el efecto de pérdida que surge en toda enunciación. Freud confronta lo que puede decirse con un indecible, con algo que es reacto a la nominación como tal. En un campo donde los primeros signos aparecen como consecuencia de las percepciones que excluyen todo recuerdo –observa Heller-Roazen–, no puede haber un “texto original” para traducir. Estrictamente hablando, sólo puede haber transcripciones (y transcripciones de transcripciones) que apuntan a un hecho que es irreductible a notación alguna. En el lenguaje el presente invariablemente contiene los restos estratificados de un pasado que cuando se los examina, se remontan más allá de la memoria. Algunos denominan “sustrato” al elemento residual de una lengua que persiste en el interior de otra. Un elemento olvidado –concluye Heller-Roazen– que quedó secretamente retenido en cada una de las formas del habla. Como escribe Walter Benjamin en un breve ensayo publicado en 1917, en referencia al Príncipe Mishkin, el protagonista de Dostoievski, “La amnesia, en este sentido puede proteger lo inolvidable; puede ser incluso su refugio más seguro.”